La espuma de los días

Ramón, Julio... y yo

José de la Colina

En *Vuelta* de julio de 1977 publiqué un artículo sobre “El caso Ramón Gómez de la Serna” en que decía mi extrañeza de que Julio Cortázar, tan generoso en reconocer influencias y precursores, nunca mencionase al autor de *Greguerías*, de *Senos*, de *El hombre perdido*, de *Automoribundia* y más de cien obras de escritura libre y lúdica, cuando, coincidiendo los dos por muchos años en Buenos Aires, allí vivió Ramón desde 1936 hasta su muerte, escribiendo y publicando sin parar. Y para ejemplificar “el caso” propuse a los lectores la comparación de párrafos escritos por los dos autores. Van esos cuatro párrafos (dos de Ramón y dos de Julio):

1) “Todo lo que sigue participa lo más posible [...] de esa respiración de la esponja en la que continuamente entran y salen peces de recuerdo, alianzas fulminantes de tiempos y estados y materias que la seriedad, esa señora demasiado escuchada, consideraría inconciliables”.

2) “Un punto de vista unilateral no nos convence y entonces nos adaptamos a lo que se podría llamar el punto de vista de la esponja [que] es la visión rara varia, neutralizada, sin predilecciones, multiplicada, [...] de la esponja hundida en lo subconciente y que avizora desde su submarinidad”.

3) “Desde luego inevitable metáfora, anguila o estrella, desde luego perchas de la imagen, desde luego ficción, ergo tranquilidad en bibliotecas y butacas. Que lo dicho sea la lenta curva de las máquinas de mármol o la cinta negra hirviente nocturna al asalto de los estuarios, y que no sea por solamente dicho, que eso que fluye o converge o busca sea lo que es y no lo que se dice”.

4) “Hay que meter en lo que sea, novela o cuento, toda la complicidad de mun-

do y que cada cual alcance, en este lanzarse al misterio, el secreto que pueda, la interpretación de los ascensores y de las butacas en que se comienzan a ver en el atardecer butacas tapizadas en raso, en cretona, en terciopelo, como tentaciones de destinos que no podrá tener el transeúnte de la hora divorciadora de butacas para salones nuevos, para interiores de resabiado gusto”.

Y a continuación iban las respuestas:

1) y 3) son párrafos de Cortázar; y 2) y 4) son de Gómez de la Serna.

Pese a que en mi artículo decía que desde los años treinta a los sesenta Ramón fue escritor muy leído e influyente en España y que en Hispanoamérica, el “ramonismo” flotaba en el aire de la época, pese a que mencioné la valentía de Cortázar en admitir influencias, hubo quienes me dijeran que me había “metido a las patadas con Sansón” y que, si acaso Cortázar me respondía, iba a “pulverizarme”.

Semanas o meses después, Cortázar noblemente respondió con un artículo en varios periódicos hispanomexicanos. No encuentro el recorte en mi caos de papel (que fácilmente se encontrará en una hemeroteca), pero acerté a copiar estas líneas que aquí ensamble sin alterarlas:

“La memoria es loca, a veces es también idiota —escribía Cortázar—, pero la locura por suerte puede más y en todo caso provoca conductas desordenadamente extravagantes del pensamiento y los productos escritos. José de la Colina demuestra que en los míos falta una lógica, esperable y elemental referencia a Ramón Gómez de la Serna. La relojería de la memoria no me trajo el nombre de Ramón mientras escribía *Rayuela* y tantas sombras queridas iban y venían por *La vuelta al día en ochenta mundos* y por *Último round*. Tal

vez lo más penoso frente al reproche que ahora se me hace es la certidumbre interna pero indemostrable de que sí, de que Ramón estaba y está ahí, por la sencilla razón de que no podía y no puede no estar. Por amor, por admiración, por enseñanza, Ramón estaba y está.

“José de la Colina cita pasajes de Ramón y míos en los que ambos nos adaptamos (cito a Ramón) ‘al punto de vista de la esponja: la visión varia, neutralizada, sin predilecciones, multiplicada’, y no sabe hasta qué punto me hace feliz. Cuando Ramón llegó a Buenos Aires yo conocía una parte de su obra y de su leyenda, los amigos nos tirábamos greguerías a la cara en los cafés y en los vagabundeos nocturnos. Oh, Ramón, qué alegría descubrir que los dos éramos pescadores de esponjas, que bajamos juntos a buscarlas y a ser como ellas en nuestra vivencia de las cosas y su paso a la escritura. No me acuerdo de tu texto espongiario, pero es bien posible que lo haya leído allá en los años cuarenta y que un día haya puesto la mano sobre esa esponja que tú, mejor buzo que yo, habrías entrevistado primero entre las rocas del fondo.

“Seguimos respirando el aire de Ramón, su lección inigualada de libertad y de imaginación, su búsqueda de diagonales en las vías demasiado cuadrículadas de la realidad aparente. Le debo a Ramón conocimientos y líneas de fuga. Cuando se ha vivido en la intimidad de un agitador semejante, nada de lo que se escriba podrá situarse al margen de esa gran ventana sobre la libertad mental”.

Con tal “confesión”, Cortázar, en lugar de responder “a las patadas”, me tendió la amigable mano de un buen y leal lector de Ramón. **U**